

EL MEJOR REGALO

La enfermera me da los buenos días, su manera arisca y seca, que contrastan con la explosión de colores que lleva en la cara y en el pelo, me obligan a controlar mi expresión de alegría. Estoy en una etapa extraña de mi vida, desde noviembre del año pasado, de manera orgánica, sin que medie de mi parte una intención, me he sentido especialmente alegre, hasta podría decir que feliz. Esto, le parece extraño a Luis, mi esposo, no sé qué se imaginará. Porque en varias ocasiones lo he sorprendido mirándome, como tratando de entender que me pasa, buscando la posible razón de lo que él considera un inusual estado de ánimo. Yo, no puedo dedicar tiempo a pensar en lo que Luis está pensando, porque de un tiempo para acá mi atención se centra disfrutar de la infinidad de tonos de verde de los árboles, el morado imposible de las flores de las jacarandas, los intrincados patrones de colores de mi perro. Pero su comportamiento y la manera de dirigirse a mi está cambiando. Esa es la razón por la que estoy aquí, nunca había recurrido a terapia. Quiero entender el origen de este estado de ánimo, para saber si es posible controlarlo, intensificarlo tal vez, no tenía idea de que la felicidad también podía ser adictiva, pero también porque quiero entender las razones por las que este estado perpetuo de alegría puede representar una incomodidad para los demás. ¡Adelante!, me dice la enfermera de manera autoritaria y me abre la puerta, para que pueda ingresar en una habitación salpicada de objetos de todos los colores imaginables en tonos pastel. Detrás de un escritorio moderno, me espera la Dra. Martínez, que inmediatamente me extiende la mano y me invita a tomar asiento en un sofá de una blancura que incomoda. Ella viste de negro, es un ente extraño en ese mundo de color. Durante media hora, hablo y hablo de mí, de mis antecedentes y del “problema” que me trae a verla. Cuando le hablo de mi teoría de la felicidad orgánica que me invade, me da la impresión de que deja su aletargamiento y presta atención. Al terminar mi monólogo, ella toma la palabra, porque extrañamente no me ha interrumpido en todo este tiempo, francamente no me acuerdo de nada de lo que me dijo, excepto de que no soy la única persona que la ha consultado por este raro estado de ánimo. Se levanta de su silla y se dirige a un pequeño mueble que tiene a un costado de su escritorio, de donde regresa con un estuche negro, lustroso, de donde extrae unos anteojos que tienen un cable con una terminación para conexión USB. Toma uno y lo conecta a un aparatito que parece un teléfono celular, entonces me pide que me los pruebe. Después me pide cerrar los ojos, espero un momento, me da la impresión que está manipulando el aparato. Entonces me dice que abra los ojos y al hacerlo tengo la impresión de que la iluminación cambió, los colores de la habitación y los muebles parecen contrastar menor. Me hace unas preguntas sobre mi estado de ánimo, si percibo un cambio. No sé cómo explicarlo, pero me siento diferente, entonces ella me pide que cierre los ojos y después de unos minutos me ordena que los abra. Los colores se apagaron, los muebles y las paredes se decoloraron para adquirir tonalidades en gris, entre el blanco y el negro. Mi expresión risueña se ha ido con los colores. En ese momento pienso en Luis, y me asalta después un sentimiento de culpa porque sin proponérmelo empiezo a encontrar las posibles razones de su preocupación. La Dra. Martínez me pide que vuelva a cerrar los ojos y al abrirlos otra vez vuelvo al mundo en donde los colores reinan y lo invaden todo, a mí misma, y sin proponérmelo después de varios minutos me siento otra vez con el buen humor que tenía al llegar. Tenemos una charla final en donde me expone sus teorías, yo no entiendo muy bien lo que me dice sobre la cromaticidad y la estimulación visual, la inteligencia artificial para controlar el color. Me propone adquirir unos anteojos para controlar el brillo y el contraste de los colores del mundo. Inmediatamente rechazo su oferta, pero tímidamente le pregunto si tiene anteojos que tengan el efecto contrario, es decir, que ayuden a resaltar los colores. Sí, claro, son estos, y me muestra otro estuche, blanco, amarillento. Después de una hora, salgo a la calle con la alegría que da enfrentarse a la rotundidad del azul del cielo de febrero, sin una nube, con tonos rosados que delatan por donde se está ocultando el sol. En la mano derecha llevo sujeta una bolsa con los anteojos que compré para Luis, con la esperanza de volver a traer los colores a su vida y con ellos la alegría.